

EL HISTORIADOR J. FRANCISCO V. SILVA

LA CONSISTENCIA DE LA TRAMA ENTRE HISPANISMO, REVISIÓN HISTORIOGRÁFICA Y PROYECTO POLÍTICO

THE HISTORIAN J. FRANCISCO V. SILVA: THE FABRIC CONSISTENCY BETWEEN
HISPANISM, HISTORIOGRAPHICAL REVISION AND POLITICAL PROJECT

Eduardo A. Escudero¹

<i>Palabras clave</i>	<i>Resumen</i>
Historiografía, Revisionismo, Hispanismo	A principios del siglo xx y en el marco de distintos debates políticos e ideológicos que permeaban la crítica cultural en la Argentina y en América Latina, el historiador J. Francisco V. Silva produjo, transitando puentes entre Argentina y España, una serie de intervenciones historiográficas que resultan elocuentes de una particular manera de contrahistoriar el relato liberal ya cristalizado en la región. Este trabajo procura, en primer lugar, una caracterización del intelectual y, luego, un examen de sus principales ideas acerca del pasado de la Argentina y su articulación con los pilares de un proyecto político determinado, denominado “panhispanista”, expresión de una visión reivindicativa del rol histórico de España para con una Hispanoamérica asediada por las pretensiones norteamericanas.
<i>Recibido</i> 11-9-2017 <i>Aceptado</i> 22-10-2018	
<i>Key words</i>	<i>Abstract</i>
Historiography, Revisionism, Hispanism	At the beginning of the 20th century, in the context of various political and ideological debates that permeated cultural criticism in Argentina and Latin America, the historian J. Francisco V. Silva produced, through the networking between Argentina and Spain, a series of historiographical interventions that are eloquent of a particular way of opposing to the liberal history already crystallized in the region. First, this work seeks a characterization of the intellectual and, later, an examination of his main ideas about Argentina's past and its articulation with the foundations of a specific political project, called <i>panhispanismo</i> , expression of a vindictive vision of the Spain's historical role towards a Latin America besieged by North American pretensions.
<i>Received</i> 11-9-2017 <i>Accepted</i> 22-10-2018	

1 Universidad Nacional de Río Cuarto / Universidad Nacional de Córdoba. Baigorria 157 - 6 B, 5800 Río Cuarto, Córdoba, Argentina. C. e.: escuderoea@yahoo.com.ar.

INTRODUCCIÓN

A PROPÓSITO DE LOS USOS DE LA HISTORIOGRAFÍA Y ÁNGULOS SIMPLIFICADORES

Un día supe lograr alejarme de la fraseología snobista y de circunstancias, cuando creí útil en nuestra formación cultural la impresión real de la España, acompañada al espíritu dicente de la voz sucesora de la Universidad de Cisneros, dada la necesidad que requiere valorar el antecedente histórico hispano en la elaboración nacional argentina.

J. Francisco V. Silva, 1914

La historia intelectual y la historia de la historiografía con frecuencia se muestran interesadas en avanzar hacia la consideración de figuras y escrituras en las que habita cierta opacidad, un silencio lo suficientemente establecido que requiere indagaciones exploratorias. En esa dirección, es posible que la pregunta por lo poco o nada conocido se vea citada, por la razón expuesta, por anteriores accesos escasos o, en su mayor defecto, extremadamente interesados, casos inaceptables para provocar una exegesis, al menos, documentada. Algo semejante ocurre con respecto a J. Francisco V. Silva, un intelectual nacido en 1890 en Córdoba que, a su tiempo, dio curso a un conjunto de intervenciones políticas, intelectuales e historiográficas mediante las que cristalizó y difundió ideas de combate, visiones de la historia argentina, americana y española que orientaban la comprensión global de su contemporaneidad y se anudaban con fuerza en un proyecto político de vasto alcance.

Los hombres de ideas trasuntan tanto su imaginación intelectual como sus prácticas concretas, de sociabilidad, de escritura, desde espacialidades muy variadas. En ese sentido, se considera conveniente indagar a los intelectuales originariamente situados en escalas no precisamente 'centrales', en calidad de sujetos *en tránsito*. Así, las ideas circulan y quienes las receptan y reelaboran para luego también difundirlas asumen una zona de contacto que los restituye hacia lugares relativos al universo letrado, incluso cuando pueda pensarse en aquellas agencias de 'umbral' a simple vista provinciano o regional. En esa dirección, este trabajo brinda una imagen acerca de las aproximaciones entre 'centros' de distinto rango desde los que resultan diferentes ambientes de *legitimidad* de los productores culturales. Consecuentemente, Córdoba no puede ser concebida como 'periferia'. Por el contrario, en lo relativo al caso de J. Francisco V. Silva y sus textos histórico-políticos bajo el contexto de la Primera Guerra Mundial, el hispanismo irradiante, por reelaborado y omnipresente, situaría a la ciudad y a su imagen ideal en la tesitura de la misma Sevilla y de la propia España. Resalta, entonces, esta conexión como un aspecto interesante para pensar esos entramados y circulaciones intelectuales desde una óptica de 'policentrismo' o, en tal caso, de "periferias dobles" (Pasolini 2012, p. 15), si se optara por pensar en Sevilla y en Córdoba por fuera de, por ejemplo, Madrid y Buenos Aires.

Resulta ahora necesario revisar las caracterizaciones que 'rondan' las, hasta el momento, ciertamente descuidadas referencias sobre la trayectoria y la escritura de J. Francisco V. Silva. En ese sentido, casi nada se sabe ni se consigue cuando el estudio se dispone a

reconstruir los aspectos más elementales de una biografía intelectual; en cambio, asoman algunas ubicaciones del intelectual en pocos estudios de historia de la historiografía argentina y latinoamericana y en otros escasos trabajos que remiten a la historia del nacionalismo español y americano de principios del siglo xx. Fue primeramente Diana Quattrocchi-Woisson quien ubicó a Francisco V. Silva en el punto de partida adelantado del desarrollo del revisionismo histórico argentino. La autora concretamente expuso que el cordobés fue uno de los primeros que se identificó como 'revisionista' y que postuló, en un primer libro de la corriente, "la revisión de la Historia Argentina" en 1916 (Quattrocchi-Woisson 1995, p. 229). Se aclara seguidamente, en el mismo estudio, que no se trataba, efectivamente aún, de una reivindicación de Rosas, al estilo del revisionismo clásico de los años treinta en Argentina, sino que se formulaba una crítica plagada de numerosos ataques a Mitre y a la escritura liberal de la historia argentina en el siglo xix.

Recuperando semejante imagen, en estudios posteriores aparece el historiador nuevamente nombrado, casi a secas, portando una identidad acotada. Tal es el caso de la inclusión de su nombre en el relato propuesto por Fernando Devoto cuando, al tratar "el revisionismo antes del revisionismo", abre la puerta para incluirlo en el complejo cuadro de las escrituras que, desde el Centenario y desde las provincias, formulaban una fuerte crítica al centralismo porteño y a la tradición historiográfica denominada 'unitaria' para luego reivindicar a los caudillos provinciales y a su federalismo "incluso revalorizando la experiencia democrática asociada a aquéllos a contraponer a la actitud aristocratizante de los primeros [*los unitarios*]" (Devoto 2009, p. 206).² Es en esa matriz que Devoto incluye, casi al pasar, a Francisco V. Silva como "el católico" (Devoto 2009, p. 207) que desde Córdoba exaltaba al Paraguay y a los caudillos provinciales argentinos que se opusieron a la guerra y, además, se adelantaba al también católico Rómulo Carbia, quien en 1918 propusiera igualmente la expresión de "revisión de la historia argentina". Posteriormente, las indagaciones de Marta Philp, acerca de los homenajes a la figura del Deán Funes durante el primer peronismo, condujeron a la historiadora a exponer distintas huellas de la invención de una tradición en las que Francisco V. Silva exhibía asimismo su impronta. Así, por ejemplo, la autora demuestra la activa acción del historiador en las rehabilitaciones de Funes y las ideas que las sustentan en 1929, al vincular al evocado con la figura de Bolívar, en vistas de reformular una crítica a la política de desnacionalización provocada desde siempre por el puerto de Buenos Aires (Philp 2013, p. 11).

Seguidamente, Laura Reali incluyó a Silva en el conjunto de "una literatura que apuntaba a destacar la contribución de los caudillos, del federalismo y de las provincias al proceso de la construcción nacional argentina" y aclaró, luego, que

...[esa] revisión provenía tanto de la producción relativa al Derecho constitucional como de los trabajos elaborados por historiadores provinciales argentinos entre los que puede mencionarse a Benigno Martínez en Entre Ríos, Manuel Cervera en Santa Fe, Hernán F. Gómez en Corrientes y Francisco V. Silva en Córdoba. Según la historiadora, en estos enfoques la reivin-

2 Existen trabajos valiosos que completan, complejizan y matizan esta afirmación general, entre ellos, Buchbinder 2008 y Quiñónez 2009.

dicación de los personajes locales se combinaba, en general, con una mirada hostil dirigida a Rosas, quien era considerado como un representante del centralismo porteño. (Reali 2016)

Mención aparte merece la escritura desplegada por Norberto Galasso, en cuanto a proponer a Silva como un historiador deliberadamente silenciado, negado, ocultado en el recuadro de la historiografía argentina. En efecto, en más de una intervención en los últimos años, tanto de corte periodístico como de perfil bibliográfico, el ensayista e historiador identificado en el presente con la corriente revisionista ha arriesgado una serie de consideraciones que, además de reinstalar un nombre propio en el relato de la historia del revisionismo encuadrado a su propio agrado, busca acentuar una mirada ciertamente conspirativa respecto al modo en que se producen, fluyen y finalmente quedan instaladas las ideas y las agencias historiográficas. Para Norberto Galasso, Silva es un “historiador maldito” porque “no aparece en los diccionarios, ni en las enciclopedias, ni en los manuales escolares, ni en los cuadros de los colegios, ni en las santologías, ni siquiera en las bibliografías universitarias” y, además, desafía: “le apuesto al lector que lo compruebe. Lleve este tema a los estrados universitarios donde se supone que enseñan los historiadores más sabihondos e incluso en los institutos privados dedicados a la Historia. El silencio será la única respuesta” (Galasso 2013). Luego, el crítico avanza sobre un terreno habitado por varias imprecisiones propias de la ausencia de la labor de archivo: “no se sabe exactamente cuándo nació –parece que en 1890– y se tiene la sospecha de que murió en 1965”; se equivoca Galasso: Francisco V. Silva falleció en Córdoba en 1978.³ Así, en su esfuerzo por vincular pasado y presente y fundar ángulos simplificadores desde una reduccionista operación analítica, el mencionado autor trabaja sobre ‘su historiador maldito’ preguntándose: “¿qué hizo este tozudo cordobés para quedar al margen de las bibliotecas y del interés de los intelectuales del sistema?”, para luego alegar:

Le vamos a decir lo poco que sabemos, que fue suficiente para hundirlo en el olvido. (...) [*reivindicaba a*] Bolívar en una Argentina donde el mitrismo había instalado la versión de que Bolívar le había robado a San Martín la gloria de terminar la campaña libertadora. Silva sostenía, además, que Artigas –denigrado por Mitre y por V. F. López– “era el ilustre caudillo de la Banda Oriental que fue digno de que Córdoba del Tucumán le ofreciera una espada con esta dedicatoria: Al protector de los pueblos Libres”. (...) A través de su obra, Silva condena la anti-patriótica guerra al Paraguay, llama ilustres a Gaspar Rodríguez de Francia y a Francisco Solano López, “grande” a Facundo, “infeliz” a Mitre y “adulador afeminado” a Sarmiento. (Galasso 2013)

Esas varias ideas y acciones habrían sido las causas por las que, según afirma Galasso, Silva “cayó bajo la más severa maldición”, en virtud de pecados que debieron, según se supone, a tiempo pagarse. Finalmente expone: “sin embargo, hoy rescatamos su lucidez y su valentía para enfrentar a la superestructura cultural con que la clase dominante inserta un pensamiento colonial”. Cabe agregar que el historiador cordobés Roberto Ferrero se ha sumado a la vista reseñada y, cuando oportunamente le preguntaron sobre cómo se había escrito la historia de Córdoba, respondió:

3 Según consta en un escueto obituario que se lee en el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, n° 51, Buenos Aires, 1978, pp. 79-80.

Generalmente, con criterio erudito, libresco y abrevando en la orientación liberal dada por Bartolomé Mitre, aunque por la fuerza de nuestra mediterraneidad ese influjo nunca fue total como en la historiografía porteña. Enrique Martínez Paz –un liberal, sin embargo– y Francisco V. Silva abrieron tempranamente el camino a un revisionismo histórico de cuño cordobés que alcanzó su máxima y más científica expresión con Luis Rodolfo Frías y –sobre todo– con Alfredo Terzaga. (Ferrero 2016)

Los usos de la historiografía resultan en operaciones semejantes. Como se observa, Galasso se inclina legítima y genuinamente a rescatar del olvido la figura de Francisco V. Silva, pero tal vez en el marco de una mirada desmedidamente implicada en las urgencias de su conveniente presente, en una perspectiva excesivamente rápida que lo lleva a consumir anacronismo. En efecto, ese intento de hacer ingresar al autor y a su obra en un linaje de perseguidos y malditos, de pecadores aplastados por la ‘historia oficial’, por lo menos invita a declinar la oferta de alguna confianza. Se considera que no es recomendable avanzar en esta dirección, dado que, por ejemplo, se podría señalar que J. Francisco V. Silva no fue un historiador absolutamente ajeno a la historiografía liberal / académica / institucionalizada y que participó, más o menos de cerca, en las instituciones y espacios de sociabilidad integrados por otros contemporáneos no precisamente alineados con el nacionalismo ni con el revisionismo histórico.

Para matizar, ha de exponerse que Silva fue miembro, por Córdoba, de la Junta de Historia y Numismática Americana desde 1936 (Girbal de Blacha y Ravina 1995, p. 330 y ss.), es decir, justamente de la corporación de privilegiada cepa mitrista al mando de Ricardo Levene, y durante la coyuntura de las “revueltas historiográficas” (Myers 2004, p. 75) merced al “embate revisionista”. Asimismo, a lo largo de su extensa vida, el intelectual desarrolló su tarea de erudito e historiador; primero, en el seno de la filial cordobesa de la Academia Nacional de la Historia (Escudero 2017, Requena 2009a) y, luego, en el Instituto de Estudios Americanistas de la Universidad Nacional de Córdoba, espacios que no resistirían, de modo alguno, el mote de “revisionistas” (Requena 2009b). Además, como ha documentado Pablo Buchbinder, Silva contaba con la consideración de historiadores de la talla de Emilio Ravignani, con quien mantenía asidua correspondencia. Por ejemplo, en una carta de diciembre de 1924, no sólo queda evidenciado el vínculo comunicador de hallazgos documentales trabado entre ambos, también allí el historiador de la Nueva Escuela Histórica reclamaba la ayuda de Silva y buscaba su complicidad para cuestionar la historiografía del puerto: “Insisto en su ayuda máxime por el criterio nacional y no local que informan sus trabajos; aquí tratamos de reaccionar contra el porteñismo unitario que es tan miope que da grima” (Ravignani en Buchbinder 1993, p. 138).

La afinidad entre los mencionados exponentes residía también, al promediar la década del veinte, en sus disímiles aunque firmes adhesiones al partido radical. En el caso de Silva, hacia 1928 se constata su abierta adscripción partidaria cuando publica, por Rosso, una selección de juicios laudatorios sobre Hipólito Yrigoyen en la que asociaba la figura del líder personalista de marcado perfil popular con las de la “mayoría de los próceres”, “viviendo ufano de su gloria y de su éxito político” y simbolizando, a su vez,

una “fe santificada del credo de la UCR, mantenida íntegra contra todas las prepotencias insolentes del oficialismo”. En esa dirección, Silva valoraba del caudillo radical su tendencia firme a ratificar mejor la acción del Estado, “el Estado fuerte, alto, armado centinela de la soberanía de la Nación, contra toda extranjera pretensión de cualquier Poder [sic] sobre la tierra, para vigilar con siempre renovado juvenil espíritu, su inde-rocable tracción en la vida y la Cultura” (Silva 1928, pp. 12-13).

Es posible, por lo demás, delinear al menos dos épocas intelectuales en la figura de la que se ocupa este trabajo. Una primera, en la que evidentemente el historiador actuaría con fuerza en pos de una lectura de la historia que abonara un proyecto nacionalista específico / singular, panhispanista, en el contexto matricial de la Primera Guerra Mundial; y una segunda, en la que su perfil más evidentemente resuelto en la barricada se matizara, es decir, menguara en su potencialidad y radicalización política, al incorporarse progresivamente, aunque sin finalmente adquirir centralidad, al mundo de los historiadores de su provincia y de la nación y a establecer un diálogo y una convivencia sin dificultades con otros personajes del arco liberal y socialista. En ese sentido, sus aportes más interesantes, por pujantes y polémicos, serían los de una primera etapa de juventud, la coincidente con sus viajes frecuentes a España: primero, en busca de resolver una estrategia formativa y para defender su tesis doctoral en Derecho en la Universidad Central de España y, luego, como fruto de concretas actividades como miembro de la Real Academia de Geografía, en acto de frecuente conferencista.

Dos palabras, en tanto, merece el contexto. Desde la primera década del siglo xx, J. Francisco V. Silva articuló espacios intelectuales e ideas político-historiográficas entre Argentina y España y fue partidario de un proyecto histórico capaz de hacer frente al panamericanismo. Así, enunciando la necesidad e importancia de la confraternidad entre los pueblos hispánicos, dedicó tempranamente encendida historiografía para amonestar, representaciones del pasado mediante, la situación de crisis abierta por la Primera Guerra Mundial y las pretensiones del imperialismo norteamericano, proyectando una Unión Hispana, con régimen federal, bajo el imperio moral del rey de España (Sepúlveda 2005, p. 118). Como ha indicado Javier Núñez Seixas, durante esa coyuntura tan trágica y transformadora de las certezas ideológicas del mundo moderno, la hispanofobia decimonónica estaba siendo sustituida en la Argentina por una nueva visión de España, por una cierta revalorización de legado moral y cultural de la ‘madre patria’ frente al complejo amenazante producto de la inmigración masiva, entre otros tópicos. Afirma el mismo autor que los españoles comenzaban a ser vistos como una contribución positiva, laboriosa, a la par que culturalmente enriquecedora, a la sociedad argentina. Además:

A ello se añadía el influjo intelectual del hispanoamericanismo regeneracionista también en la Argentina, en lo que fue decisivo el impacto del viaje de Rafael Altamira y Crevea en la Argentina entre julio y octubre de 1909,⁴ su profundo eco intelectual en el mundo universitario. A lo largo de las dos primeras década del siglo xx, intelectuales hispanófilos como

4 Remitimos, sobre este punto, a Prado 2010.

el pedagogo y político Joaquín V. González, el historiador Francisco V. Silva, el jurista José León Suárez, el historiador y diplomático Roberto Levillier, el igualmente historiador Rómulo Carbia, (...) [*entre otros*] redescubrieron España, reinterpretaron el papel de la Hispanidad en el mundo y en América en particular, y redefinieron lo que había sido el proceso de independencia de unas colonias que no querían seguir estando sujetas a un poder despótico, y que buscaron una vía distinta de crear una nueva España. (Núñez Xeixas 2015, p. 226)

Como se observa, entonces, Silva no estuvo solo en esa manera particular de leer el pasado y el presente del encuentro y el desencuentro cultural y político entre España, América y Argentina. Consecuentemente, es posible adscribirlo a un movimiento que encarnó un compromiso intelectual destinado a poner en valor el pasado colonial y, merced a ese límite, discutir las representaciones de la historia resueltas desde la matriz liberal. Con ello, Silva saldría de Córdoba y de Argentina para labrar una singular forma de contener historia y política y de asumir un rol contrahistórico y contracultural. Por ello mismo reflexionaba:

Y si yo, leal a mi conciencia, no arrojara lejos de las fronteras al seno de mi país, en la tierra en que nació, para buscar el recogimiento del pensar, lo que entiendo ser la más argentina y la más conforme interpretación de un nuestro momento histórico, yo aceptaría un silencio sobre nuestra grandeza de otra hora o impondría a mi espíritu como arquetipo dogmático, imposible de escrutar nuestra historia, que en sus vaivenes guarda la génesis de la nación (Silva 1915, p. 44)

APUESTAS POR UN 'CRITERIO HISTÓRICO' FRENTE A UNA 'HISTORIA FALSEADA'

Con claridad, un manifiesto político e historiográfico de temprana enunciación revisionista en la Argentina como el resuelto por J. F. V. Silva proponía una urgente "autenticación" de la historia. En ese diagnóstico, el pasado hecho escritura y material de uso se consideraba "necesario" para la labor de resurgimiento de los valores de la tradición hispánica en toda América y en la Argentina. Así, hacia 1916, el intelectual fijaba su "criterio histórico" basándolo en conceptos adjudicados a León XIII. Éstos, según explicitaba Silva, además de procurar "hacer ver la pura verdad", invitaban a refutar las falsedades y las mentiras en los documentos históricos originales y auténticos (Silva 1916, p. 20). La tarea era arrogada al tomar para sí este método amplio y certero que, según sostenía, posibilitaba la confección de una historia nueva, alejada de aquella que había "desorientado" en la Argentina a historiadores y a lectores. J. Francisco V. Silva llamó "pseudo historiadores" a Bartolomé Mitre⁵ y a Mariano Pelliza en virtud de

5 Esta posición de Silva respecto de Mitre resulta importante dado que asume, por contraste, una clara reivindicación de la escritura de la historia y de la figura del deán Gregorio Funes. En ese sentido, afirmaba que Funes era un personaje de la historia argentina que, por sus servicios al país, tenía rango continental-americano "por su actuación bolivarista". Silva se proponía explícitamente reaccionar frente a la corriente historiográfica que, según consideraba, afectaba la memoria del clérigo cordobés, signada por lo que llamó, sin más, "criterio porteño", encarnada por Domingo F. Sarmiento, Mariano de Vedia y Mitre y el monseñor Agustín Piaggio (Silva 1916, pp. 33-34). Resulta elocuente la siguiente cita: "En Argentina existe una figura histórica que en los últimos días de la decadencia del dominio español parece eslabonar los tiempos viejos con los nuevos: esa figura es la del Dr. Gregorio Funes, comúnmente

haber sido afectados por fervores “ridículamente patrioterros” y de no haber arribado a una presentación “honrada” de la vida histórica, que sería “la palanca más firme y más eficaz para inspirar el orgullo nacional a las jóvenes generaciones, pero con una gran veneración hacia la tradición hispánica de tres siglos, (...) lo que aún no existe en la América española” (Silva 1916, pp. 20-21).

En una evaluación decididamente negativa del rumbo seguido por la historiografía argentina desde el siglo XIX hasta 1916, Silva consideraba que, sin dudas, éste había sido el resultante de una “deviación” de la verdad. Afirmaba, en efecto, que desde 1810 se había redactado una historia argentina viciada por la presencia de un solo criterio, “el del puerto de Buenos Aires”, situación que, a la vez, había determinado que éste “quedaba siempre en pie con sus cosas y su hombres, cargando sobre las provincias la responsabilidad histórica negativa, y sólo cuando no podía dudarse de su participación en hechos de escasa monta, la compartía con aquéllas” (Silva 1916, pp. 22).

La posición política e historiográfica tomada por Silva era determinante y valiente. Desde sus textos afirmaba que la historiografía porteña había sido la causa principal de la “constante falsedad” que se advertía en el juicio acerca de los hombres y los hechos del pasado nacional: “sabemos por experiencia lo duro y triste que es hallar falseada la historia nacional, queremos que la generación nueva reciba una genuina y verídica versión de la historia argentina, y a ello, aunque sólo en una parte de nuestra historia, consagramos este libro” (Silva 1916, p. 22). De algún modo, existía en este intelectual una confianza en que una “buena metodología” podría redireccionar el rumbo extraviado de la Historia, aquella que él comprendía, también, “fraccionada” y “desproporcionada”. Sin embargo, Silva se mostraba tímidamente satisfecho ante “la progresiva ascensión en la redacción de los libros de historia argentina”. Si bien creía que, hasta el momento, sólo se trataba de “simples crónicas” de variada estructura, al mismo tiempo veía con agrado que los historiadores dejaran de vivir “petrificados” y que se enteraran de las necesidades del presente, percatándose de “las falsificaciones de los antiguos historiadores argentinos y de los modernos que siguen a aquéllos” (Silva 1916, p. 25), para luego asumir un mejoramiento científico. Por ello, destacó los sutiles avances de las obras de autores como Luis V. Varela, el P. Gambón SJ y Ricardo Levene, a quien, sin embargo, criticaba por su falta de rigurosidad metódica. Valen, en ese sentido, subrayar los conceptos con que Silva se refería al estado de los estudios históricos argentinos al promediar la década de 1910:

No es de extrañar que sea tan lenta la revisión de la historia nacional, pues en Argentina, como en toda la América española, no se concibe aún, a pesar de su cacareado progre-

conocido por el Deán, y figura que marca una transición en la evolución nacional. Sin embargo, los historiadores, fieles al criterio de confusión del puerto de Buenos Aires, hacen pasar a Funes como personaje hartamente secundario, sin expresar su significado. (...) En el *Ensayo de la historia civil del Tucumán, Paraguay y Río de la Plata* supo Funes emplear las mejores horas de su retiro, y aunque escrita para ser publicada durante el imperio español, conserva la nota clásicamente criolla de rebeldía contra los tradicionalismos” (Silva, 1916, p. 39 y p. 41).

so, la existencia de profesionales de la Historia, de especialistas como los tiene Europa. Y mientras persista allí esta deficiencia, los historiadores son abogados sin cultura ni escuela; o son eruditos sin metodología ni orientación. Por eso la ciencia de la Historia es todavía allí un pasatiempo de diletantismo, de cronistas narrativos (Silva 1916, pp. 25-26)

En el mismo instante, procuraba el autor reconocer a figuras como las de Florentino Ameghino, Juan Bautista Ambrossetti y Samuel Lafone Quevedo, lamentándose de que éstos no escribieran para la enseñanza escolar. Luego, y explícitamente, se expedía a favor de lo que llamaba una “visión total” de la historia argentina. Dicha formulación se proponía como preparada para trascender los localismos y las parcialidades y para fundar una unidad a través de la “tradición”:

Poco o nada se hubiera adelantado en la historia argentina si hubiéramos sustituido el criterio del puerto de Buenos Aires por el de la ciudad de Córdoba del Tucumán, o de la Rioja, Corrientes o Salta, etc.; porque al hacer tal cosa habríamos cambiado el punto en la circunferencia. Pero no habríamos coincidido en el centro; hubiéramos ido de una parcialidad a otra parcialidad, de un patrioterismo a otro patrioterismo, de un localismo a otro localismo” (Silva 1916, p. 26)

La solución era encontrada por Francisco Silva en el hallazgo de una “visión total”, “argentina” y unida de la historia sobre la base del “espíritu y la tradición”. Efectivamente, tanto el origen indio como la civilización española serían los mojoneros desde los que el país debería “vivir” y “sentir” su historia. La tradición, para esta propuesta política e historiográfica, era “la afirmación seria de los ideales colectivos e históricos” de la civilización cristiana, marco moral que, según conceptuaba, persistía a pesar de la “hispanofobia afrancesada y yankizante propia de la barbarie gubernamental del siglo XIX” (Silva 1916, p. 27). También enumeraba otros factores que atentaban contra la tradición, como la torpeza de la inercia de los políticos españoles que no se acordaban de América en las gestiones del poder; la ingratitud de los inmigrantes españoles que no llevaban más ideal que las ganancias materiales; y la ineficacia de los hispanistas americanos, que malograban con su inacción el tiempo y el porvenir de su patria.

PROYECCIONES Y ZONA DE CONTACTO, DE CÓRDOBA A ESPAÑA Y DE ALLÍ AL PANTHISPANISMO

A continuación, se verán algunas de las ideas resueltas por Francisco V. Silva en el marco de sus conferencias en España entre 1914 y 1917. Se presenta complejo, cuando no imposible, reconstruir cómo fue que efectivamente se produjo esa intermediación que le permitió proyectar su pensamiento y nutrir sus ideas en un ambiente particular de tonalidades acordes a su sensibilidad religiosa y política. De su propia palabra escrita se manifiesta la alta valoración de la camaradería experimentada en la Universidad Central, entre catedráticos y discípulos, su apreciado paso por los “Exploradores de España”⁶ y su participación en el Campamento Nacional celebrado en el Real Sitio. De

6 Institución fundada por Teodoro Iradier y Herrero. Al decir de Moreno Luzón, en esta empresa se buscaba difundir un inconfundible regeneracionismo, para alcanzar la recuperación de España tras la humillante derrota en la guerra colonial de 1898, conocida como “el desastre”; tal coyuntura alumbró la

esas instancias “fraternas”, Silva rescataba la reafirmación de su patriotismo, aquél que, según subrayaba,

[...] salvaba las fronteras legales, igual de las cumbres nevadamente perpetuas de los Andes, que de las aguas platinadas del Atlántico patagónico o de las selvas vírgenes del Gran Chaco; así nuestra patria no es sólo la del sol de Mayo, sino que es también la Patria hispana imperial, cuyo advenimiento de plenitud alcanzaremos. (Silva 1917b, p. 10).

Según él mismo buscó fundamentar, su presencia en España se debía, en efecto, a una “responsabilidad literaria”, cuyo “espíritu” apuntaba a alcanzar una solidaridad que conllevara a profundizar una posición de lucha y de ataque “para batir briosamente, demoledor, pero sin candores revolucionarios, los reductos ya descubiertos o solapados, ocultos y francos de los enemigos hispanófobos, y que para mayor sonrojo hablan castellano” (Silva 1917b, p. 11). De igual manera, el orgullo de haber nacido en la docta ciudad argentina de Córdoba, emergía sin resguardos, dando curso al despliegue imágenes como las que siguen:

[*el autor, como el Gral. José María Paz*] es de la gran ciudad de Córdoba del Tucumán, la verdadera capital histórica de Argentina; como él, es opuesto al predominio injusto que el puerto de Buenos Aires desde 1810 efectúa sobre todas las provincias, extranjerizándolas; como él, tiene nobles ideales nacionalistas y sacrifica su vida desde la juventud a ellos generosamente; y como él, ambiciona dar un día más de gloria a la patria. (Silva 1916, p. 33)

Entonces, el intelectual e historiador asumía abiertamente una posición política, postura enarbolada originalmente desde Córdoba, lugar que, a pesar de considerarse reducto de la tradición, también se veía en peligro:

[...] la desnacionalización ha llegado a tal extremo, que ciudad de tan fuertes y orgullosas tradiciones, ciudad mediterránea y pampeana como Córdoba del Tucumán, ha podido permanecer impasible, como las cosas que no tienen espíritu, con adormecida sensibilidad, ante recuerdos que, si fuera vivo el culto a la tradición, no hubieran pasado desapercibidos, ni ante ella ni ante el resto del país. (Silva 1916, p. 16)

Seguidamente, consideraba que, por “el hecho sustantivo de ser argentino y con nacionalidad étnica, lo que asigna un valor de calidad, y ser los únicos aquí presentes [*en España*] de esa nuestra América, tan española por su civilización”, se veía honrado

[...] en llevar una implícita y genuina representación, no sólo de mis amados paisanos, sino también de todas aquellas mismas gentes que siendo hermanas entre sí, lo son a la vez vuestras por un claro sentimiento de solidaridad de raza española, y por la cual nos debemos enorgullecir, que de tal modo, con voz y voto por derecho propio, venimos a pertenecer a esta España imperial que supo producir una tan grande civilización como es la suya. (Silva 1917b: p. 12)

Con ello, la vista al pasado tenía como objetivo central avanzar en la lucha contra la hispanofobia y trazar un plan de acción para implicar voluntades que imaginaran una América hispánica unida frente a las pretensiones norteamericanas:

ley del servicio militar obligatorio y grandes ceremonias como las juras de bandera. Lo que no hacía la escuela tenían que hacerlo las fuerzas armadas, “dentro y fuera del cuartel” (Moreno Luzón 2017, p. 7).

La entrada de los Estados Unidos en la gran guerra tiene una importancia excepcional para España y para los países de la América española, pues la suerte de éstos se compli- ca frente a las naturales exigencias imperialistas del Gobierno de Washington, favorecidas por la incorrelación de la soberanía política y económica de los mismos. Abrirán los ojos aquellas gentes cándidas que tenían por una cosa sentimental al “Pan American Unión”, o sea la reunión de los diplomáticos de la América española, acreditados en Washington bajo la presidencia del secretario de Estado de los Estados Unidos, y que no es sino un activo centro impulsor del predominio yanqui en los países hispánicos (Silva 1917b: p. 19)

Silva confiaba en que, frente a esa difícil coyuntura internacional, la Historia sería demostrativa del “valor real”, “aún desconocido”, que poseía el siglo XIX, cuando, al afirmar desde el liberalismo el “nacionalismo” en la escuela, había procurado “el des- crédito y el abajamiento de la época del Imperio hispánico, el de los tres siglos, llamán- dolo coloniaje, esclavitud y otras inexactitudes ridículas e injustas” (Silva 1917b: p. 19). A su vez, juzgaba “artificiosas” las “innovaciones” introducidas por el puerto de Buenos Aires en la historia argentina escrita por historiadores porteños y “por los que se han plegado a su empeño bastardo”:

Con la conciencia de la personalísima posición que adoptamos renunciamos a ser un sa- télite más de una política desafortunada, y sobre todo de una historia amañada que desargentina a la nación. Los pueblos del interior argentino deben volver por sus fue- ros, reconquistando para sus hombres el mérito que ellos mismos se forjaron día por día, durante sus vidas ejemplares. El gobernador Bustos y el gran Facundo no pueden seguir apareciendo como bandidos y trogloditas; es imposible que el doctor Francia y Solano López, los ilustres paraguayos, continúen apareciendo como bárbaros tiranue- los; tampoco los chilenos Carreras como vulgares adocenados (Silva 1916, p. 13)

La consigna del presente se hacía efectiva y cobraba valor cuando Francisco Silva hacía suyo el ideal y el proyecto panhispanista e, incluso, trababa vínculos con figuras destacadas y preponderantes, como Rufino Blanco Fombona.⁷ Así, por ejemplo, sobresa- le la inclusión de su *El libertador Bolívar y el deán Funes en la política argentina (revisión de la historia argentina)* de 1916 en la Editorial América, plataforma desde la que, según Diana Quattrocchi-Woisson, se daría curso a una “primera empresa de contrahistoria americana” (Quattrocchi-Woisson 1995, p. 229). En efecto, los libros edi- tados por la Editorial América, de Blanco Fombona, implicaron un intenso y fructífero diálogo entre intelectuales españoles y americanos, reuniendo sensibilidades políticas diversas: socialistas, porfiristas, maurrasianos, católicos, en pos de un objetivo común: la defensa del panhispanismo y la oposición a la expansión norteamericana (Silva 1916, p. 13). En esa confluencia, precisamente, estaría implicado coyunturalmente J. Francis- co V. Silva, componiendo un cuadro de ideas que entrecruzaba hispanismo, naciona- lismo y catolicismo para alcanzar el trazado de un revisionismo histórico leído desde

7 Rufino Blanco Fombona: Caracas, 1874 - Buenos Aires, 1944. Este escritor venezolano vivió en Madrid entre 1914 y 1936. Allí, dirigió la célebre Editorial América (Segnini 2000), desde la que editó parte de la obra de Simón Bolívar, las *Cartas* (1913, 1921, 1922) y los *Discursos y proclamas* (1913). En su ensayística, propuso un proyecto panhispanista como modo de desafiar el panamericanismo estadounidense, exal- tando para ello el rol histórico de España en América.

lo mediterráneo, despojado de rosismo y asociado a la reivindicación del proceso de soberanía hispanoamericana que iba desde Bolívar a la Guerra del Paraguay.

LA CONSISTENCIA DE LA TRAMA ENTRE LA MEMORIA Y LA POLÍTICA,
HACIA UNA REQUERIDA Y ANTICIPADA REVISIÓN DE LA HISTORIA ARGENTINA

Al historiador Francisco V. Silva, morando en una zona de contacto entre Córdoba y España, le inquietó la posibilidad de llevar a cabo un programa político e historiográfico que pudiera cambiar - revisar lo que él consideraba era la equívoca perspectiva de la historia argentina fraguada por el liberalismo porteño durante el largo y decisivo siglo XIX. Hispanista y católico, ofreció sus reflexiones en diversas oportunidades por medio de conferencias leídas en la Real Sociedad Geográfica de Madrid⁸ en 1915, 1916 y 1917, y mediante la publicación de sus dos libros mayores en 1916 y 1918, respectivamente (Silva 1916 y 1918). En esos registros, se encuentran algunas tesis centrales que permiten entrever la interconexión entre algunos saberes dispuestos ante una pragmática:

[...] la Geografía, como la Historia, como la Política, manteniendo sus pertinentes individualidades, son combinadas, según la más moderna y calificada orientación la Ciencia geográfica, en estos dos términos: de la Geografía Histórica y la Política Geográfica; es en ellas donde “La desnacionalización en la historia argentina del siglo XIX” halla su centro adecuado de exposición como un tema susceptible de estas disciplinas, porque desde cualquiera de ellos que se le mire siempre responde al observador, es así como la luz de los faros móviles para el navegante desde cualquier punto de la circunferencia iluminativa y como la luz de esos faros ella alumbra y es vista. (Silva 1917a, pp. 4-5)

Desde esa tríada, política – historia - geografía, abonó Silva su propio diagnóstico acerca de la manera por la que se había formalizado una imposición cultural ajena a las originarias y genuinas formas de la sociedad y la cultura criolla e hispanoamericana en la Argentina: “La tradición histórica de tres siglos se mantuvo seccionada, para garantizar energía al separatismo político, que inició su consolidación desde su comienzo” (Silva 1915, p. 9). En su disertación en la Real Sociedad Geográfica de Madrid del 3 de diciembre de 1914, el historiador ahondó en lo que, según estimaba, era uno de los principales problemas y desaciertos del proceso histórico argentino comandado por Buenos Aires: la “*desmembración territorial*”. Así, expresaba:

El significado de la desmembración es un hecho impuesto a la política argentina leal a 1810. Vale por tanto decir, que debiera, tener un alcance próximo, en la orientación gubernativa y reconocer una preocupación en el deseo popular. (...) La existencia de la desmembración es una realidad por encima de nuestro subjetivismo personal. Podrá prescindir de ella un criterio desvinculado con la tradición nacional, tradición que en tanto es argentina, en cuanto fue hispánica, pero no podrá, ser negada, sinceramente, además que es un adelanto la constatación de un hecho natural. En nuestro haber y deber histórico, cuya antigüedad va muy atrás de 1810, ahí está la desmembración, real y verdaderamente irrefutable, mereciendo nuestra solícita atención. (Silva 1915, p. 13)

8 Sobre esta corporación en contexto, véase el trabajo de Rodríguez Esteban 1996.

Proseguía Silva reflexionando sobre la causalidad de la desmembración y accedía a distinguir qué influencias y qué factores estimularon y provocaron ese fenómeno histórico en la Argentina. En esa dirección, afirmaba que el estudio de la vida se agitaba sobre dos bases que posibilitan su fenomenologismo: la Geografía y la Historia, lo que equivalía, dualmente, al ambiente físico en que se modela el tipo racial y a la elaboración de las determinaciones sociales (Silva 1915, p. 15). Consecuentemente, la mirada crítica operaría en los mismos elementos a la hora de observar el papel que ejercieron históricamente “en la división argentina subsiguiente a la emancipación” y el resultado evidente de “la desvinculación histórica, vista según la fase central de la carencia de unidad nacional”. Por ello, interpretaba que la desvinculación histórica era un factor decisivo en la desmembración, por lo que contribuía a dar la impresión de *falta de unidad en la nacionalidad*.

Luego, entre los distintos elementos que Silva usaría frecuentemente para denostar y condenar lo que, a secas, denominaba “*el siglo XIX*”, una suerte de cronotopo construido para atear la certeza de progreso que la gran guerra de 1914 trizaba; su central referencia a la “desmembración territorial argentina” sería indicada como una “impulsión concurrente a otros factores el abandono exigido de la estructura política representada por las instituciones existentes en 1810” (Silva 1915, p. 42). De este modo, para Silva, la errática política posterior a la Revolución de Mayo, cada día y paso a paso, había constituido

[...] un avance en la obra del trasplante legalista y un retroceso en los ataques a la costumbre paisana, y así quedó un saldo desfavorable que mantiene a la nación alejada de su centro de gravedad, pero gracias al cual se forma un alma nacional propia, sin dualidades, inconfundible y castizamente argentina. (Silva 1915, p. 42)

Al memorar la Asamblea del año 1813, el historiador explicitaba:

[...] decíamos que hizo obra *propia y nacionalista*, sin embargo, ella yace en el olvido colectivo y sus miembros son los iniciados del argentinismo, puesto que conocían las lecciones terroríficas de la Francia convulsionada que la cultura de la Europa occidental, y en cambio tienen la admiración patriótica los *iniciados de la europeización* que negaban su realismo a un substancial histórico como era la Argentina hispánica. (Silva 1915, p. 42)⁹

La desintegración del territorio argentino era estimada, de este modo, como el fraccionamiento del alma nacional, deliberada acción de los falsos patriotas que, desde 1853 y 1860, sancionando la Constitución liberal, no habían recogido correctamente lo que Rosas había dejado más allá de sus excesos: “una patria libre, custodiando altivo y fiel el legado que recibió de la Epopeya”. Seguidamente, se lee la condena al marco legal del Estado liberal y la feliz preeminencia de una resistencia cultural de raíz hispánica y criolla:

Sí, una Argentina bárbara con la raza capaz de soportar la colonización extranjera sin desaparecer, suficiente para los impulsos europeizantes cuando llegaron los Constituyentes su obra, trasladada de la Constitución americana inspirada en el «Federalista» de Hamilton,

9 Las cursivas corresponden al original.

maldiciendo la historia argentina de formación genuina anterior a 1810, que guardaba un federalismo (...) distinto del de las 13 colonias puritanas del Atlántico, al cual le han importado ocasionalmente y a plazos vistos. Así nos encontramos con una Constitución política desvinculada imperativamente de nuestra historia y ante la educación nacionalista imposible de convalidarla éticamente, aunque sobradamente explicable ante *nuestra jurídica*, que no es la de otros pueblos, sino que es la sentida en *nosotros argentinos* (Silva 1915, p. 42)¹⁰

El historiador estaba convencido de que el constitucionalismo que regía la organización política argentina desde 1810 no estaba elaborado en función de su propia Historia; por lo tanto, afirmaba que “el genio argentino no ha alcanzado una proyección completa en el aparato más externo de la vida nacional”. Existía en su imaginación histórica y política, correlativamente, una aguda preocupación identitaria:

Si creemos que debe llevarse al alma de la raza nativa del suelo que pisa, a través de la enseñanza nacionalista el contenido real, jamás imaginario, de nuestra historia, no podemos ocultar al niño argentino el pasado glorioso de su pueblo, que comienza más lejos de 1810 escamoteándose entre los convencionalismos pusilánimes y las sensiblerías decadentes. Encúbrese un ecuaníme pacifismo, desvirtuado por un militarismo creciente representado en una oficialidad preparada, que sucede a una tradición feliz; pero debemos saber antes que nada y por encima de todo, que la Argentina tiene una misión que llenar, y para cumplirla nada ni nadie la detendrá, si es cierto y no es una ficción que su bandera es heraldo de paz y es símbolo de una democracia de hombres libres, como lo fue en 1810 (Silva 1915, pp. 43-44)

Otros de los ejes que componen la visión contrahistórica que J. Francisco V. Silva logró difundir entre Argentina y España se resumen en su idea de “*desnacionalización de la historia argentina*”. El historiador declaraba que sus interpretaciones eran el resultado de una adecuada técnica dentro de una investigación moderadamente científica, “por tanto exenta de las turbulencias partidarias, aunque con todas las derivaciones peculiares que las ideas tienen en las escuelas y en la política”, y al mismo tiempo dejaba explícito que su exégesis acerca de la *desnacionalización*... comprendía tres partes estrechamente vinculadas: la *norma histórica*, la *orientación política* y, finalmente, el *tipo social*.

De esta manera, al problematizar la *norma histórica*, Silva situaba puntualmente su mirada en el origen de la Revolución de Mayo, marca que para el historiador se manifestaba engendrada en una única dirección al hispanismo, “al cual, para tener que desconocerlo, se le ha sustituido por la Enciclopedia”. Así, el hispanismo de Silva se imagina en continuidad y connotando la independencia política desde 1810:

Mencionar como un *égido* al hispanismo para la vida nacional según la Revolución de Mayo, parecería a las gentes vocingleras, aparentemente reflexivas, intento desacertado y vano, cuando ella se ha producido nada menos que para hacer una independencia con España, la nación que lo sustenta y representa con carácter exclusivo, cual compete a un genio nacional. Pero si nos fijamos atentamente y logramos percibir que por encima o por abajo de las exterioridades de vida ciudadana y pública late una raza de tipo español cuyo espíritu no es susceptible ni dable de alterar inopinadamente. (Silva 1917, p. 7)¹¹

10 Las cursivas corresponden al original.

11 Las cursivas corresponden al original.

Silva concibe el hispanismo, referido a Argentina, como “la nota de la normalidad”; en cambio, “hablar del antihispanismo y su influencia cuando la gestación de la Revolución argentina” es, a su juicio, la filiación de éste con las fuentes filosóficas de la Enciclopedia, que tanto impugna. Luego, la argumentación propuesta por el historiador busca representar el hispanismo “como la *evolución gradual*” de un bagaje espiritual en el pueblo, y sanciona:

Abandonar un pueblo en determinado momento de su vida el peculiar bagaje espiritual, como han hecho los países de la América española, es esfuerzo loco que a nada conduce más que a la postración y a la cercana ruina de su espíritu nacional, como le sucede Argentina y al resto del Nuevo Mundo. Y cuando una minoría culta, demostrando así la influencia de toda aristocracia *in extricto sensu*, que en función de élite siempre elabora los criterios de la masa social, lleva a imponer sus direcciones mentales, puede a pesar de la mejor intención dar resultados harto distanciados, merced al procedimiento inadecuado (Silva 1917, p. 9)¹²

Desde este diagnóstico, el intelectual busca situar el hispanismo en Argentina, en tanto filiación espiritual con España, para “tonificar un alma nacional juvenil y azarosa en su destino con aquel principio que como el enunciado se deriva de la pasada acción del tiempo desde 1492 hasta 1810”. No obstante, se mostraba cauto al aclarar:

El hispanismo no representa, y está muy lejos de representar, una retroacción integral; no implica restaurar el Virreinato y un Virrey ni su legislación, quizá, retardada en muchos puntos con relación al momento actual; pero sí implica continuar las clásicas Instituciones Imperiales, vivificándolas si cabe con la Revolución de Mayo, cuyo espíritu de reforma tiene que ser exigida trabazón para, que pueda guardar continuidad espiritual un pueblo que no surge de improviso en 1810, error este harto generalizado, sino que se forma con todo el proceso correlativo del crecimiento a través de los siglos de su historia patria. (Silva 1917, pp. 12-13)

Estas ideas insistentes y orientadas a reverdecer el espíritu hispánico en la Argentina de 1914 consideraban que el abandono del hispanismo por la minoría adueñada del “gobierno autoritario en Argentina y la América española”, tras 1810, había llevado “no a sustituirle aun con otra dirección plus-nacional que intensificara su dirección política como fuera del argentinismo, sino a suplantarlo con una formación negativa; (...) el no-hispanismo dentro de una falsa europeización”. Así:

Una negación que destruye y no sustituye lo caído construyendo de nuevo, no pasa de ser una de tantas acciones nulas que no llegan a fructificar por carecer del mismo germen que pudiera hacerlo. (...) Ese germen fuerte, como roca sillera, del alma argentina, es a lo que se llama corrientemente en tono despectivo lo criollo; lo poco criollo que aún nos queda en las ciudades y mucho más en las campañas, y que por eso pasa en ser homogéneo y cohesionado y se opone en el ancho campo de la costumbre y con ella misma a toda peligrosa innovación que tienda a una expansión dominadora y legalista de moldes extranjerizados sobre la extensión territorial. (Silva 1917, p. 14)

Al examinar inmediatamente la *orientación política* del rumbo seguido por la Argentina desde 1810 hasta el presente en que escribe, Silva observa con negatividad la ideología de la Revolución de Mayo en su filiación, mediante exagerado vínculo, con

12 Las cursivas corresponden al original.

la Revolución francesa, “cuyos principios tanto han privado en el mundo sostenidos de una en otra ilusión, al fin desengañados por la dura y aleccionadora experiencia de la realidad histórica”. En esa mirada decadentista, se impugna la inspiración liberal del derrotero seguido luego de la desviación de la originaria matriz hispánica de Mayo perpetrada en el siglo XIX:

Así que es la Revolución de Mayo como la expresión más argentina y el siglo XIX como la manifestación menos argentina, y más claro aún, la actual no guarda filiación espiritual con la Argentina de 1810, genuinamente indígena-hispana, y esto la conduce a colocarse en una situación por demás difícil. (Silva 1917, p. 22).

Finalmente, al razonar acerca de la relación que existe entre las normas argentinas de 1810, “olvidadas por maldita merced de la desnacionalización”, y el *tipo social* privilegiado por el liberalismo triunfante del siglo XIX, Francisco V. Silva piensa en *Facundo*, “el hombre más argentino del siglo” y presenta su crítica a Sarmiento:

Sarmiento, que trazó la figura histórica de Facundo en un libro clásico argentino, cual es el «Facundo», fue un hispanóphobo y un yankizante, fue un afrancesado y un europeizado todo agudo y todo impulsivo, y así fue el más decidido mentor del antihispanismo en Argentina. Su posición forma contraste con aquel eximio Presidente Avellaneda, que desde que se graduó con su estudio sobre las «Leyes de Toro», revelando el decoroso aprecio en que tenía a los valores históricos españoles, siempre dio gallarda constancia de ser un sincero hispanista (Silva 1917, pp. 31-32)

Es notable cómo Silva procuró desde sus intervenciones historiográficas hacer de Juan Facundo Quiroga el arquetipo del equilibrado resultado cultural / racial hispano-criollo.¹³ Para el historiador, Facundo era un errante vagabundo “como los héroes de la leyenda”, “perteneciente a esa familia que cuenta a Ulises, el griego, y al Cid, el español” e indicaba:

[...] no es en pequeño un Barbarroja, ni un Napoleón, ni un Pedro el Grande; no es europeo, ni africano, ni asiático por su espíritu; no es un inglés, ni un griego, ni un prusiano por su ponderación. Facundo es sólo él mismo; él puede decir muy alto: «yo soy quien soy»; él es de las Indias occidentales; él es, en fin, un argentino; por último, él es de la América española. (Silva 1917, p. 23).

La representación instituida buscaba esforzadamente resaltar *otro* tipo social, otro perfil ideal en vistas a una resignificación de la vida de cuño colonial, y se encargaría de sobrellevar una representación de Facundo como tipo social específicamente genuino de la pampa, encarnando “magníficas manifestaciones del heroísmo”, llamado a los “grandes destinos” y al cumplimiento de “una alta misión”. Elocuentemente, Silva sintetiza:

Para nosotros, con todo ello, Facundo da una terrible lección, una tamaña lección para la sociedad etiquetera que pretendía, renunciando a su espíritu castellano, crear una desigualdad irritante; por tanto, esa lección ni es infructífera ni es inoportu-

13 Sin que se puedan conectar sin previo estudio ambas escrituras, vale recordar que diez años antes David Peña había iniciado un rescate polémico de Juan Facundo Quiroga en por medio de sus conferencias en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA en 1903 y de su libro de 1906 (Micheletti 2015).

na; muy al contrario, Facundo, al ensalzar con sus atenciones a la pobre negra, humillada por la vanidad de los opulentos, enseña clamoroso que existen aún gratitudes y fraternidades humanas y argentinas que no caen en olvido (Silva 1917, p. 28).

A MODO DE CIERRE

A principios del siglo xx, un intelectual supo alejarse de la fraseología esnobista y de sus circunstancias y creyó útil, en su formación cultural, empuñar una real impresión de España, para decirle a América y al mundo acerca el valor histórico de lo hispano en la elaboración nacional argentina.¹⁴ Fue J. Francisco V. Silva, un pensador dedicado a la historia, situado coyunturalmente durante la Primera Guerra Mundial, en una zona de contacto entre España y Argentina: ideal territorio desde el que le fue posible imaginar, como otras figuras de su tiempo, un reverdecer de las tradiciones hispánicas frente a una América en peligro.

Pactando un trabajo relativo a la creación de linajes, distintos actores intelectuales y políticos transitan la historia de la historiografía argentina deduciendo espesores que nutren esquemas diversos. En esa dirección, y como se afirmó en las páginas que anteceden, desde hace algunos pocos años, la figura, por cierto aún no escrutada, del historiador J. Francisco V. Silva ha sido acudida desde el presente en salvataje poco atento a sus específicos registros escriturales y a su trayectoria biointelectual en contexto. Aquí se ha procurado ofrecer un primer abordaje tendiente a caracterizar el perfil historiográfico del autor, atendiendo a la formulación de una serie de intervenciones, en primer lugar, demostrativas de una matriz antiliberal, ceñida a un hispanismo vertido desde el interior del país para el señalamiento de la aparentemente equívoca historia proyectada desde Buenos Aires. Al respecto, aquí resultó interesante examinar también la crítica al proceso de “desnacionalización” que –Silva supone– se ha consumado en la Argentina durante el siglo xix al negar la cultura propia del país, razón que temprana y precursoramente lo llevó a demandar “una revisión de la historia argentina”.

Así, como se ha documentado e interpretado, desde la primera década del siglo xx, J. Francisco V. Silva articuló espacios intelectuales e ideas político-historiográficas entre Argentina y España y fue partidario de un proyecto histórico capaz de hacer frente al panamericanismo. Enunciando la confraternidad de los pueblos hispánicos, el intelectual dedicó, tempranamente, encendida historiografía para amonestar, representaciones del pasado mediante, la situación de crisis abierta por la Primera Guerra Mundial y las pretensiones del imperialismo norteamericano, proyectando una Unión Hispana, con régimen federal, bajo el imperio moral del rey de España. Con todo, a pesar de sus muestras abiertas de oposición historiográfica, Silva no se mantuvo fuera de los espacios institucionales propios de su tiempo ni desistió de participar en esa zona ideológicamente grisácea que le permitía interactuar con diversos actores del paisaje historiográfico argentino de la primera mitad del siglo xx. Se considera valioso rescatar

14 Parfraseo del epígrafe con que se inicia este artículo.

y continuar examinado aquellos registros mediante los que este intelectual cristalizó y difundió ideas de combate, sus propias representaciones de la historia argentina, americana y española que orientaban la comprensión global de su contemporaneidad y se anudaban con fuerza en un proyecto político que, si bien respondía a una muy específica coyuntura, anhelaba constituirse en vistas a un vasto alcance.

FUENTES

- SILVA, J. F. V., 1915. *La desmembración del territorio argentino en el siglo XIX*. Madrid: Real Sociedad Geográfica. [Conferencia dada en la Real Sociedad Geográfica en su sesión pública del 3 de diciembre de 1914]
- SILVA, J. F. V., circa 1916. *El libertador Bolívar y el deán Funes en la política argentina (revisión de la historia argentina)*. Madrid: América.
- SILVA, J. F. V., 1917a. *La desnacionalización de la Historia Argentina del siglo XIX*. Madrid: Real Sociedad Geográfica. [Conferencia dada en la Real Sociedad Geográfica en su sesión pública del 4 de junio de 1917]
- SILVA, J. F. V., 1917b. *La solidaridad de los pueblos hispánicos*. Madrid: Imprenta de 'Alrededor del Mundo'. [Originalmente publicado en la Revista *Nuestro Tiempo*, n° 222, Madrid, junio de 1917, pp. 275-316]
- SILVA, J. F. V., 1918. *Reparto de América Española y Pan-Hispanismo*. Madrid: Francisco Beltrán.
- SILVA, J. F. V., 1928. "Introducción. Elogio de Yrigoyen". En *Semblanzas de Yrigoyen*. Buenos Aires: Rosso.

BIBLIOGRAFÍA

- ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, 1978. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, n° 51. Buenos Aires, pp. 79-80.
- BUCHBINDER, P., 1993. Emilio Ravignani: la Historia, la Nación y las Provincias. En F. DEVOTO, 2006, *La historiografía argentina en el siglo XX*. Buenos Aires: Editores de América Latina, pp. 109-151.
- BUCHBINDER, P., 2008. La Nación desde las provincias: las historiografías provinciales argentinas entre dos Centenarios. *Anuario del Centro de Estudios Históricos «Prof. Carlos S. A. Segreti»*, año 8, n° 8, pp. 163-182.
- DEVOTO, F. y PAGANO, N., 2009. *Historia de la Historiografía Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- ESCUDERO, E., 2017. Escenario y temperatura historiográfica: el Congreso de Historia Argentina del Norte y del Centro en Córdoba (1941). *Anuario de la Escuela de Historia*, año 8, n° 11, Córdoba, pp. 47-68.
- FERRERO, R., 2016. Entrevista a Roberto Ferrero: Hay varios malditos en la historia de Córdoba, *La Voz del Interior*. Córdoba, 6 de octubre de 2016.
- GALASSO, N., 2004. *De la Historia Oficial al Revisionismo Rosista*. Buenos Aires: Centro Cultural "Enrique S. Discépolo".
- GALASSO, N. (coord.), 2005. *Los Malditos. Hombres y mujeres excluidos de la historia oficial de los argentinos. Volumen II*. Buenos Aires: Madres de Plaza de Mayo.
- GALASSO, N., 2013. Francisco Silva, el historiador maldito. *Infonews*, 7 de agosto de 2013.
- GIRBAL DE BLACHA N. y RAVINA, A., 1995. Apéndice. En M. C. DE POMPERT DE VALENZUELA et. al., *La Junta de Historia y Numismática Americana y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893 - 1938)*. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia, pp. 329-357.
- KROEBER, C. B., 1964. *Rosas y la revisión de la historia argentina*. Buenos Aires: Fondo Editor Argentino.
- MICHELETTI, M. G., 2015. "Facundo Quiroga rehabilitado". Una aproximación al contexto de producción, repercusiones y aportes historiográficos del libro de David Peña (1906). En *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, tercera serie, n° 42, Buenos Aires, pp. 125-153.

- MORENO LUZÓN J., 2017. "Gérmenes de España". *Escultismo, monarquía y construcción nacional, 1912-1932*. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset - Gregorio Marañón.
- MYERS, J., 2004. Pasados en pugna: la difícil renovación del campo histórico argentino entre 1930 y 1955. En F. NEIBURG y M. PLOTKIN (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Buenos Aires: Paidós, pp. 67-106.
- NÚÑEZ SEIXAS, X. M., 2015. *Las patrias ausentes. Estudio sobre historia y memoria de las migraciones ibéricas (1830-1960)*. Oviedo: Genuve.
- PASOLINI, R., 2012. Prólogo. En P. LAGUARDA y F. FIORUCCI (eds.), *Intelectuales, cultura y política en espacios regionales de Argentina (siglo xx)*. Rosario: Prohistoria, pp. 11-20.
- PHILP, M., 2013. Historia, política y memoria en la Córdoba del primer peronismo. Usos del pasado nacionales y locales. En XIV° *Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia*. Mendoza: Departamento de Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo.
- PRADO, G., 2010. *Las lecciones historiográficas de Rafael Altamira en Argentina (1909). Apuntes sobre Ciencia, Universidad y Pedagogía Patriótica*. Oviedo: Universidad de Oviedo.
- QUATTROCCHI-WOISSON, D., 1995. El Revisionismo de los años 20 y 30. Rosistas y revisionistas ¿los rivales de la historia académica? En N. GIRBAL DE BLACHA et al., *La Junta de Historia y Numismática y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)*. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia, pp. 295-315.
- QUIÑÓNEZ, M. G., 2009. Hacia una Historia de la Historiografía regional en la Argentina. En T. SUÁREZ y S. TEDESCHI (comps.), *Historiografía y Sociedad. Discursos, instituciones, identidades*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, pp. 5-18.
- REALI, M. L., 2016. Al margen de 'El Relato'. Circulación transnacional de lecturas revisionistas sobre el pasado en América Latina (1900-1930). *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En línea], disponible el 7 de julio de 2016, consultado el 9 de mayo de 2017. URL: <http://nuevomundo.revues.org/69313>.
- REQUENA, P., 2009a. Un capítulo de la historia de la historiografía cordobesa: la Junta de Historia y Numismática Americana – Filial Córdoba, 1926- 1941". En I *Jornadas Nacionales de Historia de Córdoba*. Córdoba: Área Historia del Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades.
- REQUENA, P., 2009b. Para una historia de la historiografía cordobesa. El caso del Instituto de Estudios Americanistas de la Universidad Nacional de Córdoba, 1936 – 1947. En XII *Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia*. Bariloche: Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche.
- RODRÍGUEZ ESTEBAN, J. A., 1996. *Geografía y colonialismo. La Sociedad Geográfica de Madrid (1876-1936)*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- SEGNINI, Y., 2000. *La Editorial América de Rufino Blanco-Fombona. Madrid 1915-1933*. Madrid: Libris.
- SEPÚLVEDA, I., 2005. *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*. Madrid: Marcial Pons.